

# Paradojas de la letra lengua, subjetividad y ley

Julio Ramos



**M I M E S I S**

TERCERA ORILLA

Paradojas de la letra: lengua, subjetividad y ley  
Edición al cuidado de raúl rodríguez freire

(c) Julio Ramos  
(c) ediciones mimesis

Diseño: Mary Luz Estupiñán Serrano y  
raúl rodríguez freire

Diagramación: Guido Olivares

Impresión: Alerce Talleres Gráficos

ediciones mimesis  
Santiago, Chile  
edicionesmimesis.cl  
mimesisediciones@gmail.com

ISBN: 978-956-6130-09-3  
octubre 2022



# índice

- 7 **Liminares de la letra**
- 13 **El don de la lengua**  
Gramática y ciudadanía
- 39 **Cuerpo, lengua y subjetividad en las ficciones anti-esclavistas cubanas**
- 55 **Un cuerpo ciudadano**  
Sobre la epidemia del cólera en La Habana (1833)
- 73 ***La ley es otra***  
Literatura y constitución del sujeto jurídico en Cuba
- 101 **Luisa Capetillo o los pliegues de la letra**
- 133 **Las paradojas del deseo en Flora Tristán**
- 147 **Testimonio y delirio en *El infarto del alma* de Diamela Eltit y Paz Errázuriz**
- 161 **Alberto Mendoza**  
Poesía, testimonio y cárcel
- 181 **Martín Sostre o la subversión del juicio**  
Escritura carcelaria, derecho y anarquismo
- 221 **Postfacio**  
**Un nuevo archiverista**  
De las paradojas a la anarquía de la letra  
raúl rodríguez freire
- 239 **Notas**

# UN CUERPO CIUDADANO

## SOBRE LA EPIDEMIA DEL COLERA EN LA HABANA (1833)

***El barrio de San Lázaro.*** Hacia 1833 se había escrito mucho acerca de los olores de la Habana, la oscuridad de sus calles, así como sobre una supuesta inclinación al crimen y a la inmoralidad de su creciente y racialmente heterogénea población urbana. Pero a finales de febrero de ese año, cuando fueron diagnosticados en las afueras de la ciudad los primeros casos de cólera, “limpieza” y “moralidad” devinieron palabras claves en el léxico sobredeterminado de una nueva misión civilizadora que colocaba el cuerpo en la mira de una transformación política y simbólica fundamental.

Quizás no fue por simple coincidencia, ni exclusivamente por algo derivado de la naturaleza de la enfermedad en sí misma, que las narrativas sobre la expansión del cólera definieran la zona de extramuros como su punto de origen, más allá de las murallas de la ciudad, en el barrio popular de San Lázaro. Ya en su comienzo, las narrativas proyectaban un movimiento de afuera hacia adentro, del margen al centro, representando el riesgo como la transgresión de las fronteras sociales y raciales. Emblemáticamente, el nombre de este barrio racialmente mezclado, San Lázaro, tuvo que haber tenido una formidable resonancia en el imaginario popular. Obviamente aludía a la notoria figura del Evangelio según San Juan que cruza la línea entre vida y muerte, integridad física y putrefacción, y regresa del otro lado con la territa pegada a la piel. Pero San Lázaro era también la figura sincrética de Babalú Ayé, orisha arará que todavía hoy es adorado en Cuba. Babalú Ayé reina sobre la salud y la enfermedad. Vestido con harapos de color púrpura, es retratado en la iconografía como un mendigo ulcerado, figura de abyección y vulnerabilidad extrema, que deambula por los caminos con las llagas expuestas a la intemperie, seguido por unos perros que le lamen las heridas.

Además, el nombre tuvo que haber despertado temores de las antiguas pestilencias. Lázaro era el santo de los leprosos. En Europa, y más tarde en América, las estructuras paradigmáticas de encierro y confinamiento, los leprosorios, eran designados por su nombre: lazaretos.<sup>1</sup> Entre paréntesis, podemos ahora preguntar: ¿es por mera coincidencia que hoy [1993] en la Cuba revolucionaria, el sanatorio donde están reclusas las personas VIH positivas, está misteriosamente situado a solo una milla de distancia del santuario y leprosorio de San Lázaro en Rincón, Provincia de La Habana? Como si, de modo impredecible, el impulso catastrófico de la nueva epidemia reactivara viejas fantasías acerca del cuerpo y el contagio, normalidad y enfermedad, que subrepticamente se abren paso a través de los órdenes científicos del conocimiento y las instituciones modernas. Lejos de haber sido relegadas a creencias inefectivas, algunas de estas fantasías parecen ser constitutivas de los discursos modernos e intervienen vigorosamente en el establecimiento de instituciones y formas de comportamiento normativo.

Hondamente perturbadora para doctos y profanos, para la iglesia y los funcionarios del gobierno, el cólera morbus se expandió velozmente a través de la ciudad, matando a más de 9.000 personas —cerca de una décima parte de la población de la Habana— en menos de tres meses.<sup>2</sup> Su itinerario letal desencadenó toda clase de fantasías sociales, discursos populares e institucionales sobre la monstruosidad, así como nuevas ficciones de pureza y demarcación de límites del contacto entre la gente. Paradójicamente, en las impredecibles huellas que dejó el paso catastrófico del cólera, se erige una compleja red discursiva, una creciente cartografía del poder, cuya meta era tabular rigurosamente las más remotas y diminutas áreas de la vida urbana. A la vez que le seguía la pista del movimiento del cólera, el poder reconfiguraba sus estrategias de dominación, proyectando un nuevo ideal de la ciudadanía, y sujetando a la población —particularmente los grupos subalternos— a tecnologías relativamente racionalizadas de seguridad y control.<sup>3</sup> ¿Cuáles son los puntos de articulación, las líneas de contacto o separación que recortan semejante tejido moderno de transmisión, vigilancia e interpelación? ¿Qué discursos intervienen en la formación de los sujetos al tiempo que se desplazan a través de los canales y vínculos de identificación? ¿Dónde están localizados los puntos de presión y resistencia, las áreas de conflicto, las líneas de fuga?<sup>4</sup>

**Catástrofe y proliferación de discursos del orden.** Mientras que el flujo misterioso del cólera reclamaba víctimas en todos los vecindarios, a través de líneas raciales y sociales, las interpretaciones y los remedios secretos proliferaban en La Habana. Se recomendaba la fumigación con tabaco y guano para purgar el miasma. El consumo de láudano, opio y bebidas alcohólicas se incrementó entre algunos grupos. En el intrincado tejido de las respuestas a la catástrofe, discursos e instituciones competían con ferocidad para imponer el significado de sus propios remedios hermenéuticos. Durante varios meses, por ejemplo, los dos periódicos más importantes, *El Diario de La Habana* y *El Noticioso* y *Lucero de La Habana*, inundan la ciudad con mensajes oficiales, opiniones médicas, obituarios, anuncios de métodos preventivos y curativos, poemas y plegarias. Discursos heterogéneos participan en el drama compensatorio que iba a la busca de un elusivo sentido de comunidad y estabilidad en medio del caos.

La casa impresora de la Iglesia, por ejemplo, colocó un curioso aviso en *El Noticioso*, anunciando la reimpresión de las "plegarias del Papa Benedicto XIII implorando la gracia de Dios para no morir de una muerte súbita; plegarias dichas originalmente en ocasión de la epidemia de peste bubónica en la ciudad de Roma después de muchas muertes que cesaron con estas plegarias. Vendidas por medio real en la Imprenta Fraternal".<sup>5</sup> Algunas formas tradicionales de poesía recobraron sentido en la prensa, reafirmando elocuentemente su utilidad para usos cívicos y religiosos:

Piedad, Dios de Israel, piedad implora,  
Contrito el pecador, a ti humillado,  
Arrepentido ya, si fue culpado,  
Su ruego acepta y su dolor minora.

Tu diestra fulminó la destructora  
Peste que el orbe entero ha desolado  
Al ver que pertinaz, encenegado  
El hombre en la maldad tu fe no adora.<sup>6</sup>

Influyentes intelectuales de las más diversas formaciones o trasfondos intervinieron en los contenciosos debates médicos y sociales que precedieron a la epidemia y se expandieron con su curso, contribuyendo a un significativo boom en el mercado local de las imprentas.<sup>7</sup> José de la Luz y Caballero, figura central en la educación cubana del siglo XIX, tradujo dos reportes alemanes

sobre el cólera. El historiador y planificador urbano, José Antonio Saco resumió los descubrimientos recientes hechos por médicos británicos y franceses en *El cólera morbo-asiático*,<sup>8</sup> un influyente alegato a favor de la reforma social, a tono con sus planteamientos en *Memoria sobre la vagancia en Cuba*<sup>9</sup> del año anterior. El doctor Juan Francisco Calcagno publicó su *Aviso sobre el cólera-morbus y modo de preservarse de su invasión* (1832), libro que durante meses fue anunciado diariamente en *El Noticioso*, introduciendo en los hogares de la élite cubana una versión popularizada del discurso médico e higienista. Inmediatamente después de la epidemia, Ramón de la Sagra produjo un detallado análisis estadístico del trasfondo racial y social de la enfermedad, un hito en la demografía cubana.<sup>10</sup> Y pocos años más tarde, Ramón de Palma publicó *El cólera en La Habana* (1838), una de las primeras novelas cubanas, texto fundacional de la literatura nacional.<sup>11</sup> Para esos años José Z. González del Valle —contemporáneo de Palma— escribió dos novelas cortas sobre el cólera, aunque estos relatos no vieron la luz hasta fines del siglo XIX: *Amar y morir* (1894) y *Carmen y Adela* (1895). Las novelas de Palma y de González del Valle añaden un importante componente ficcional al corpus que contribuye a elucidar el papel de la imaginación ilustrada ante el desastre y la contención de la vida íntima.

En efecto, docenas de panfletos y libros sobre el cólera hicieron de la epidemia uno de los temas más discutidos en el emergente campo intelectual del país. La infección fue establecida como el objeto privilegiado de discursos sobre la reforma social que desplazaban el fenómeno irreducible y la experiencia del desastre al inscribirla como tropo fundacional del naciente dispositivo de la higiene en una nueva política del cuerpo.

En ese sentido, podría decirse que el desastre es una variable constitutiva en la economía figurativa de la Ilustración, aunque por supuesto no es solo eso. En las palabras de J. A. Saco, ideólogo de la élite criolla modernizadora, la “ilustración” es la fuente de inspiración “cuando queremos levantar el velo que cubre esta enfermedad misteriosa, sombras y tinieblas [que] nos rodean por todas partes”.<sup>12</sup> Por eso “verdad es que [la ilustración] facilita grandes recursos en todas las calamidades”.<sup>13</sup> Con la potencia destructiva de su impulso, la calamidad recorta las articulaciones antinómicas —cultura y naturaleza, civilización y barbarie, continuidad y ruptura— que interactúan en el discurso teleológico del progreso y la modernidad. De ahí que Domingo

F. Sarmiento declare, en uno de esos gestos iconoclastas que lo distinguían, que el “perverso placer del temblor de la tierra” era un “poderoso estímulo” moderno, una “cuestión de arquitectura” y planificación urbana.<sup>14</sup> En el otro extremo del discurso iluminista latinoamericano, José Martí, quien dedicó varias de sus crónicas semanales sobre la vida moderna en los Estados Unidos a los desastres naturales, afirmaba que el progreso era catastrófico y que una “tempestad era más bella que una máquina locomotora” (Prólogo al “Poema del Niágara”). Tanto en los textos de Sarmiento como en los de Martí, los terremotos son un cronotopo, una figura que condensa la interacción entre categorías temporales y espaciales. En el estremecimiento de la tierra misma, la escritura del desastre inscribe el despliegue de la historia entre un comienzo y un final, origen y telos. La calamidad, claramente, nunca es solo una metáfora. Pero los discursos que establecen la negatividad de la catástrofe en el justo centro de su positividad y orden, sin embargo, son producidos mediante operaciones retóricas cuyos efectos ideológicos, políticos e institucionales no podemos subestimar.

A diferencia de los terremotos y otros desastres naturales, el cólera no tomó por sorpresa a La Habana. Médicos europeos habían escrito mucho acerca de la expansión de la enfermedad desde sus orígenes en el mítico Ganges en 1817 y su diseminación a través de las más grandes ciudades europeas a fines de la tercera década del siglo XIX y comienzos de la cuarta. En Cuba fue tal la anticipación de su brote en la isla que, como discutiremos con más detalle, la Junta Superior de Sanidad de la Habana, uno de los primeros esfuerzos sistemáticos de centralizar e institucionalizar la administración de la Salud Pública que hubo en las restantes colonias españolas y en América Latina, fue parcialmente fundada en respuesta a la amenaza del cólera casi cinco años antes de que brotara la epidemia.

Hasta que la etiología de la enfermedad no fue enteramente entendida gracias a los descubrimientos de Koch cincuenta años más tarde, para muchos médicos y funcionarios el cólera permaneció una enfermedad producida por humores, miasmas y misteriosas reacciones atmosféricas. Sin embargo, a finales de la década del 1820, un modo emergente de ver el cólera como una infección contagiosa introducía nuevas narrativas. Para J. A. Saco, más que un desastre natural, el cólera estaba íntimamente ligado a las paradojas de la modernidad, a la red comercial y cultural tejida por el comercio



internacional. En su opinión, el cólera circulaba a través de los mismos canales de comunicación que conectaban a Cuba con los órdenes del progreso. El cólera era un "viajero" moderno,<sup>15</sup> que "atraviesa" (45) y "penetra" (45); un "visitante" que aprovecha parasitariamente los canales de la comunicación y el comercio: "Todo esto nos anuncia que el mal avanza con las comunicaciones, y pues ellas son el medio de propagarlo, fundada es la consecuencia de que su naturaleza es contagiosa" (59).

Puesto que la visión racionalizada de Saco acerca del espacio y el orden privilegia el transporte (ver su *Memoria de caminos*<sup>16</sup>) como una condición básica para la implementación de reformas económicas y sociales, la metáfora de la enfermedad como un indeseado viajero moderno tiene que haber condensado para él una paradoja o síntoma de la modernidad, ese núcleo improcesable o ruido que es constitutivo de la dinámica interna de las redes comunicativas.<sup>17</sup> En Cuba, bajo las condiciones de la esclavitud y el colonialismo, los discursos modernos cobran matices raciales. Dado que la mayoría de las víctimas eran negras, Saco aceptó un punto de vista dominante según el cual "en la constitución de la raza africana parece que hay un principio predisponente para el cólera" (21), un rasgo racial intensificado por la "escasez e inmoralidad en que vive gran número de ellos" (21). Sin embargo, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, para Saco la diferencia racial entre las víctimas no era lo bastante decisiva como para culpar a los "tristes africanos por la introducción del cólera en Cuba" (84).<sup>18</sup> En cambio, según Saco, el cólera venía de los Estados Unidos, transportado en los navíos del progreso y la civilización. Para él, el cólera era una cuestión de contacto, intercambio y fronteras: "Cuando el cólera ha invadido un país por vez primera, siempre se ha presentado por las costas o fronteras atacando al principio un corto espacio, pero espacio que ha estado en comunicación con lugares infectados" (51). La epidemia acarreaba un problema de demarcación territorial y seguridad interna: era un síntoma patriótico.

Dentro de esta topografía de la enfermedad, la higiene fija las reglas para el contacto cauteloso, localizando los lugares seguros para los cuerpos. Anticipando la epidemia, la Junta Superior de Sanidad, fundada en 1828, trabajó en la demarcación de las fronteras internas entre los vecindarios habaneros y los grupos sociales con un impulso racionalizador sin precedentes. En los años que precedieron y siguieron a la epidemia, la Junta institucionalizó

una nueva articulación de medicina y política, reuniendo a médicos, líderes cívicos y oficiales del gobierno. La pobreza urbana y el control de la población fueron sus puntos de convergencia:

es conocido que el cólera-morbo se propagó con mayor rapidez en los barrios con calles sucias, estrechas e inadecuada ventilación. En aquellos otros con una buena policía, si la epidemia los alcanzaba, se propagaba lentamente, y causaba menos daños. [También se sabía] que la enfermedad era menos frecuente entre los vecinos que practicaban un estricto código de limpieza en sus personas [...].<sup>19</sup>

*Policía* es una palabra clave en este emergente discurso de la salud pública. En el contexto del párrafo recién citado, el significado de policía no puede ser reducido a nuestra noción actual, vinculada a los aparatos represivos del Estado. En el temprano siglo XIX cubano, la policía todavía era un código de modales urbanos específicamente relacionados con la limpieza y la sanidad.<sup>20</sup> A pesar de ello, una fusión de significados se hace evidente con frecuencia. La influyente obra de J. A. Saco *Memoria sobre la vagancia en Cuba* (1832), por ejemplo, asocia repetidamente la suciedad con la delincuencia. Incluso en su uso antiguo, el significado de *policía* está íntimamente relacionado con la implementación de disciplina, el gobierno y el control de la población basados en “la suprema ley de la policía y la higiene”. La condensación y deslices de significados en esta palabra es particularmente significativo a la luz de la correlación enfática entre pobreza urbana e impureza presente en el discurso de la salud pública. Por ello, el surgimiento del cólera en un barrio periférico, como era el de San Lázaro, es reportada por la Junta Superior de Sanidad en los siguientes términos:

una afección con síntomas agudos fue diagnosticada en San Lázaro, un barrio localizado en las tierras bajas fuera de la ciudad, cubiertas de fango, aguas estancadas, lodo corrompido, [...] [Las] emanaciones infestaron la atmósfera del vecindario, contribuyendo a la expansión del cólera y otros muchos males.<sup>21</sup>

La etiología miasmática de la Junta no se sostuvo por mucho; sin embargo, la reducción de las variables de riesgo a la atmósfera contaminada de un

barrio marginal, tuvo que haber proporcionado un gran sentido de seguridad y consuelo a los miembros de la ideal y acomodada comunidad a la cual la Junta interpelaba. Hasta cierto punto, la encarnación del riesgo en el otro racialmente marcado, de carácter urbano, fue una operación de auto-consolidación, la construcción de un sujeto paradigmático e higiénico: un ideal ciudadano moderno.

**Higiene y política del cuerpo.** Siguiendo a la antropóloga Mary Douglas, permítanme preguntar ahora: ¿Cuál es el papel de la suciedad y la polución en la formación de tal sentimiento comunitario de territorialidad y seguridad? Que las condiciones insalubres contribuyeron a la expansión del cólera es un hecho. No obstante, el deslizamiento ideológico en el discurso de la higiene no se puede reducir exclusivamente al fenómeno de la epidemia. Junto con la mayoría de sus colegas, el Dr. J.F. Calcagno creía que:

Quando el cólera-morbus pestilencial se declara en un país, ataca con preferencia a las personas más pobres, mal vestidas y alimentadas, que habitan en casas estrechas, situadas en calles húmedas, y también a aquellos individuos disolutos entregados a los excesos en comida y bebida, a los que se han separado del camino de las virtudes y degradado su moral por los vicios, que se sienten atormentados por los remordimientos y por las pasiones deshonorosas. Después se propaga también entre las demás clases de la sociedad, pero siempre sus estragos son infinitamente mayores entre los primeros.<sup>22</sup>

Pobreza/suciedad/inmoralidad: este relevo de asociaciones es constitutivo de los discursos sobre la salud. La cadena de signos apunta a la compleja y sobredeterminada textura de la higiene, cuyos múltiples significados y efectos ciertamente se mueven más allá de las preocupaciones fisiológicas de su objeto. Tal como Mary Douglas observa en su clásico análisis de la polución y los rituales de limpieza:

la suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe sólo en el ojo del espectador. Huimos de la suciedad no por un temor pusilánime y menos aún por espanto o terror sagrado. También nuestras ideas sobre la enfermedad dan cuenta del alcance de nuestro

compartimiento al limpiar o evitar la suciedad. La suciedad ofende al orden. Su eliminación no es un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno.<sup>23</sup>

Limpiar lo sucio es una práctica fundamental de demarcación y colocación de fronteras. A través de estas prácticas una comunidad despliega los mecanismos de inclusión que constituyen sus límites y sentido de identidad. Pero cuando nos movemos del acomodo cotidiano de la suciedad en espacios domésticos a la más compleja implementación de nociones de pureza y construcción de fronteras, hay que enfatizar los violentos efectos de tales “esfuerzos positivos” que con frecuencia acarrear fantasías de castigo y estrategias de eliminación.

La higiene es un discurso sobre los límites y seguridad personal y colectiva en el disputado terreno dentro del cual una comunidad intenta definir sus fronteras. Al producir categorías de integridad, mezcla y contaminación, la operación central de la higiene es la administración y control del contacto, inscribiendo líneas de separación y reglas para la seguridad de los sujetos y sus interacciones. Instalando al cuerpo en un nuevo diálogo entre medicina y política, la higiene cobró particular importancia durante el siglo XIX cubano para una élite colonial criolla, blanca, que sostenía su fuente de capital en la esclavitud e intentaba imaginar una comunidad nacional racialmente balanceada, mientras que seguía atada a insuperables temores de insurrección racial y mestizaje. Paradójicamente, la economía azucarera que permitió la consolidación de esta élite como uno de los grupos sociales más ricos y modernos del hemisferio, la hizo dependiente de los grupos de esclavos y gente libre de color que, ya hacia la década de los 1830 del siglo XIX, eran la mayoría de la población. De ahí que, a través de la múltiple búsqueda —por parte de esta élite— de alternativas económicas a la esclavitud, para el establecimiento de un orden civil moderno en Cuba, las cuestiones de seguridad interna, delimitación de fronteras y contacto cobraran mayor envergadura. La higiene se convirtió en una narrativa maestra para reflexionar sobre el síntoma nacional —esa improcesable cosa cubana. Más allá del dominio de la salud pública, las metáforas de la higiene se movieron entre discursos variados, sobredeterminando paradigmáticamente las representaciones del contacto riesgoso y de la mezcla racial en variados dominios sociales, culturales, lingüísticos y arquitectónicos.<sup>24</sup>

En efecto, la epidemia intensificó la preocupación a veces obsesiva del contacto y la limpieza en aquella década clave. Como observa Carlos Venegas Fornias, historiador de la arquitectura cubana, en su libro *La urbanización de las murallas: dependencia y modernidad*,<sup>25</sup> la ciudad experimentó intensas transformaciones durante estos años bajo la gobernación de Miguel Tacón. Estimulada por el impulso de la economía azucarera mundial, la ciudad colonial reconfiguraba sus espacios culturales y burocráticos, estableciendo un nuevo circuito de caminos y transporte, teatros y paseos, hospitales y prisiones. Aunque Venegas Fornias no dedica especial atención al impacto de la diferencia racial en la transformación del espacio urbano de la Habana, sugiere que la configuración arquitectónica de la elite urbana apuntaba a una estrategia de distinción y de separación o hasta aislamiento (55). Al tiempo que era reconstruido y modernizado, el espacio de La Habana era disputado por grupos sociales emergentes, en especial la población “de color” libre. Venegas añade: “Una heterogénea mezcla de comportamientos sociales — consecuencia de una ciudad donde coincidían tan diversos grupos sociales y etnoculturales— se introducía en su espléndido panorama y le proporcionaba un carácter original, desconcertante” (79). La presencia física y simbólica de las murallas coloniales fue debilitada por el impulso expansivo de la modernidad. Las barreras sociales y raciales de la colonia también se vieron estremecidas en el proceso, levantando nuevas tensiones.

La asociación entre pobreza, suciedad, raza y moralidad en el discurso higienista, antes y después de la epidemia, tomó auge en este movimiento general de reforma, compartiendo el costo social y simbólico del flujo urbano y diseñando estrategias para su contención. Por otro lado, en el campo y en las plantaciones de esclavos, emergía un nuevo discurso sobre la salud y el “cuidado” de los esclavos estimulado por la necesidad de los hacendados respecto a la reproducción de la fuerza de trabajo. La nueva política del cuerpo esclavo es un aspecto de lo que Manuel Moreno Friginals ha llamado la época del “buen tratamiento” de los esclavos a partir de la década de 1840.<sup>26</sup> Respondía, según Moreno, a la necesidad de cuidar más la mano de obra en una época en que se incrementa el mercado del azúcar y en que subía dramáticamente el costo del trabajo, en parte por las limitaciones que imponía la trata y el tráfico que ya era ilegal mundialmente desde 1815. En esta época se publica en Cuba el primer manual médico sobre enfermedades de esclavos,

*El vademécum de los hacendados cubanos*, de Honorato Bernard de Chateausalins (1854). En la ciudad, sin embargo, el discurso de la higiene estaba más orientado a mantener el orden de una población extremadamente heterogénea que resistía las categorías disciplinarias del orden social moderno emergente. La demarcación de límites del contacto racial se convierte en un problema fundamental para la élite criolla y colonial. Por tal motivo, la Junta Superior de Sanidad “altamente recomienda la restricción del libre tránsito de negros que no pertenezcan a la localidad, puesto que se ha observado que la enfermedad se ceba en ellos con preferencia”.<sup>27</sup>

**Estrategias de contención.** La epidemia estimuló estrategias de contención de al menos dos tipos. Primero, la amenaza de contagio legitimó la intervención del gobierno en los espacios sociales y el reforzamiento de los controles sobre las prácticas populares. Por ejemplo, la Junta intentó erradicar “las costumbres tradicionales” de funerales populares y velorios que producían “emanaciones fétidas” y miasma.<sup>28</sup> Una vez más, lo que está en juego no es tanto el verdadero riesgo representado por las prácticas populares, como la circulación y efectos institucionales de las categorías mediante las cuales es entendido dicho riesgo en el contexto de conflictos sociales y culturales, en el terreno de las luchas de poder para centralizar la administración de las prácticas urbanas. Todavía un año después de la epidemia, la Junta Superior de Sanidad reiteró su recomendación de “evitar las reuniones populosas, como bailes y festividades públicas, en las cuales las personas cometen peligrosos excesos”.<sup>29</sup> En el contexto de los conflictos raciales y sociales de La Habana, no es infundado sospechar que la inquietud de la Junta con las reuniones populares haya estado motivada por temores a levantamientos. Con respecto a esto, mediante el trazado de las prácticas populares entendidas por el discurso oficial como los objetos del “riesgo”, podemos leer el archivo del poder a contrapelo de su lógica y motivación, atentos al doble registro de la dominación y la resistencia subalterna.<sup>30</sup>

Segundo, quizás más duradera en sus efectos que los intentos para establecer regulaciones sobre los funerales populares y prácticas festivas, fue la sólida red de información establecida por la Junta después del estallido del cólera en 1833. La red de “policía sanitaria” alcanzó todas las áreas de la ciudad a través de la intervención de comisarios de barrio y capitanes de partido

locales que, mientras reportaban directamente a la Junta, eran responsables por la vigilancia de las condiciones sanitarias de las viviendas individuales dentro de su jurisdicción. Incluso la caridad fue entrelazada en la misma red, ya que la Junta creó un órgano denominado Diputaciones de Caridad que mantenía registros de los enfermos en los niveles locales y recogía contribuciones para habilitar camas para los enfermos en los vecindarios pobres. Al mismo tiempo, la comisión profesional del Protomedicato centralizó los esfuerzos médicos, publicando listas y direcciones de practicantes que en los barrios se dedicaban a vigilar contra la expansión de la epidemia. El Protomedicato medió entre la profesión médica, el conocimiento científico y el gobierno. Con la ayuda de médicos y sacerdotes locales, la comisión mantuvo un registro de los enfermos y legisló sobre la proliferación de remedios. En efecto, la epidemia del cólera estimuló la reconfiguración social de la medicina, convirtiéndola en un actor político muy visible. En gran parte, médicos como el Dr. Cowley o Tomás Romay emergieron de la epidemia como héroes cívicos, figuras de la ciencia moderna protegiendo a la sociedad de un monstruoso adversario.<sup>31</sup> Los médicos personificaron una nueva asociación de saber y control social que los transformó en poderosas figuras públicas. Tal articulación "médico-administrativa"<sup>32</sup> inscribió el cuerpo como lugar de un intenso drama político y social, extendiendo las áreas de intervención pública legítima a los más diminutos aspectos de la vida personal y urbana.

A este propósito, es útil recordar el papel jugado por el Dr. Tomás Romay, otro miembro fundador de la Junta Central, en la consolidación de un sistema de salud pública en las cuatro décadas que preceden a la epidemia de cólera. Su temprano discurso sobre el "desequilibrio racial" de la población cubana (a pocas millas de Haití), merece un análisis que está más allá de las posibilidades de este texto.<sup>33</sup> Romay fundó la Junta de la Vacuna en 1804, un antecedente directo del más elaborado aparato de salud pública establecido más tarde por la Junta Central, parcialmente en respuesta al cólera. Para 1835 la institución creada por Romay había inoculado cerca de 300.000 personas a lo largo de la isla, una contribución formidable al control de la viruela en Cuba.<sup>34</sup> En el curso de este masivo proyecto de inoculación, la Junta de la Vacuna implementó nuevas tecnologías de control, gestión de registros, clasificación y estrategias de identificación, además de establecer una sofisticada red de información y mapas demográficos que proyectaron,

a inicios del siglo XIX, el papel de la medicina en el ordenamiento de lazos sociales racionalizados.

Emblemáticamente, Romay introdujo la vacuna de la viruela en La Habana con la inoculación experimental de sus propios hijos en 1804. Este es el modo en que rememora ese muy debatido experimento privado que pronto se convertiría en acto público:

Los cuatro hijos que tenía en febrero de 1804 fueron los primeros que se vacunaron en esta ciudad, y con ellos algunos otros niños en quienes ejecuté la misma operación, se propagó aquel virus en todos los que quisieran recibirle. Cumplido treinta días la de la inoculación, y convencido hasta la evidencia de que estaban exentos del contagio varioloso, no dudé someterlos á la prueba mas incontestable, con objeto de inspirar la misma confianza, no solo con razones y autoridades como ya lo habia practicado, sino con hechos que suelen ser mucho mas eficaces. Propuse al Exmo. Sr. Gobernador y Capitán general, marqués de Someruelos, que deseaba inocular algunos de los primeros vacunados con el pus de las viruelas naturales, y que para autorizar ese acto dándole toda la autenticidad posible, convendría lo presenciase el real tribunal del Protomedicato. Persuadido igualmente S. E. del feliz resultado, y de que contribuiría necesariamente á los progresos de la nueva inoculación, accedió á mi instancia y la comunicó al referido tribunal. El día 23 de Marzo de dicho año, concurrió con otros facultativos citados al efecto á la casa de D. Francisco Laboyé (...) Conduje á mis dos hijos mayores, al Dr. D. Francisco de Córdoba, que tenía entonces seis años y fué vacunado en 23 del referido febrero, y á una mulatica de dos años, esclava de D. Francisco Basabé y Cárdenas, vacunada el 27 del propio mes. Después que los 4 vacunados estuvieron sentados algún tiempo en la cama de un niño de Laboyé, cubierto de viruelas naturales, según reconocieron todos los facultativos, tomó uno de ellos, Dr. D. Bernardo César, en una aguja el pus valioso que estimó bastante para comunicar el contagio á cualquier persona que fuese capaz de recibirle, y lo introdujo en las incisiones que hizo en ambos brazos de los cuatro vacunados [...]

Sin embargo, con fecha de 16 de Abril siguiente, informó [el Protomédico Regente] á S. E. lo que he referido, añadiendo que en los 16 días subsecuentes á la operación no habia dejado de visitarlos, ni tampoco los demás individuos del Protome-



dicato, conviniendo unánimes en que no había advertido en ninguno de los cuatro vacuno-inoculados sintoma alguno que indicase haber sido infestados del contagio varioloso, y que el resultado de la vacuna en este país era idéntico al que se había reconocido en Europa.<sup>35</sup>

Una transformación notable de límites entre la vida privada y pública tiene lugar en la escena a medida que los cuerpos de los propios hijos del médico devienen objeto de la práctica médica y de la mirada pública. Moviéndose entre el espacio doméstico y la esfera pública, la práctica mediadora del médico reconfigura los límites y la significación social de la subjetividad, precisamente en el locus en el cual el cuerpo —como instancia de una naturaleza flexible y maleable— es intervenido y observado como la fuente del valor y significado público.

**Cuerpo-Ciudadano: disciplina, vagancia y corazón patriótico.** En el tablado de esa *escena primaria* de los hijos de Romay está la construcción de un cuerpo ciudadano —un cuerpo marcado por la traza saludable, comunitaria, de la inoculación. La inscripción inoculadora vincula los nuevos sujetos al cuerpo-político a través de los canales de la salud pública. Como hemos sugerido antes, esta red desplegó estrategias de identificación e interpelación en las cuales la idea de “salud” designaba tanto el cuidado del cuerpo como la sujeción a la disciplina y la moralidad. Progresivamente, a través del siglo XIX la ciudadanía pasó a ser una categoría en la cual el orden jurídico se intercepta con las tecnologías médicas y culturales que intervienen en la construcción de la subjetividad. Como Saco enfáticamente pone de manifiesto en su *Memoria sobre la vagancia en Cuba*, un texto fundacional en las ciencias sociales cubanas, la ciudadanía es el orden que articula los cuerpos saludables en tanto individuos disciplinados en el reino del trabajo, el fundamento productivo de la “felicidad social”.

Saco escribió su *Memoria sobre la vagancia* en respuesta a una petición de la Sociedad Económica de Amigos de País en 1832, poco antes del estallido de la epidemia de cólera. La tropología de limpieza y enfermedad que subyace en sus pensamientos sobre la cuestión de la población, afianza una medicalización del discurso social que va a prevalecer en las ciencias sociales al menos hasta los primeros escritos de Fernando Ortiz sobre raza y

nacionalidad alrededor de 1906.<sup>36</sup> La huella del discurso disciplinario de Saco es notable a lo largo del siglo XIX, tal como comprueba la mención explícita que se hace de la *Memoria sobre la vagancia* en *Cecilia Valdés* (1882) de Cirilo Villaverde, novela impulsada por el proyecto de control de los cuerpos y tabulación del espacio urbano.<sup>37</sup>

En el corazón de la retórica de Saco encontramos la metáfora matriz del cuerpo-político: “Sucede con el cuerpo social lo mismo que con el humano, que cuando es robusto y bien constituido, puede preservarse por sí solo con el socorro de la medicina; pero cuando es débil y achacoso, necesita de remedios para sacudir la enfermedad”.<sup>38</sup> Para Saco, la sociedad cubana estaba afligida por “miembros corrompidos [que] deben cortarse para que no infesten el cuerpo social”.<sup>39</sup>

¿Cuál era la enfermedad cubana? Hasta la larga guerra del 1868, era poco común hablar de la totalidad de la población de la isla como cubana; en la década de 1830, cubano con frecuencia tenía incluso un significado más regional, designando a la población y área de la provincia de Oriente, así como su capital Santiago de Cuba. Raramente, si acaso alguna vez, el uso del gentilicio “cubano” era inclusivo de negro, muy particularmente esclavo. Paradójicamente, mientras que la designación es más inclusiva en Saco, arrastra una carga negativa. No puede confundirse con su noción ilustrada de *patria*, que designa en Saco la constelación más abstracta de civilización y orden civil. “Cubano” aparece al menos dos veces en la *Memoria sobre la vagancia*, marcando negativamente un rasgo vernáculo ligado a la corrupción y la pereza. Parece como si el discurso de la nacionalidad —todavía en las primeras etapas de su confabulación— colocara la negatividad de la enfermedad en el mismo centro de sus formas tempranas.

En más de un sentido, los primeros discursos sobre la nacionalidad cubana irónicamente privilegiaban la metáfora de la sociedad como un cuerpo enfermo que requería cuidado y vigilancia. Más allá de la obvia biologización de la sociedad, la metáfora de los “dos cuerpos” —lúcidamente analizada por Kantorowicz en sus estudios sobre las instituciones medievales— media entre dos diferentes órdenes de acción y legitimidad. Para Kantorowicz, la imagen de los dos cuerpos de la corona, símbolos de la conflictiva existencia del rey como representante de la causalidad humana y divina, condensa el intento del Medioevo tardío para mediar la deriva entre dos leyes: un orden religioso

y un orden secular nuevo. En cambio, ya en las sociedades secularizadas la metáfora circula en un contexto institucional y discursivo diferente, pero sus inflexiones también apuntan a la demarcación entre órdenes conflictivos de legitimidad. En el emergente discurso social del siglo XIX, la metáfora del cuerpo-político responde a un cambio en la lógica de la esfera pública y la constitución médico-jurídica de sujetos individuales modernos.

Buscando alternativas económicas y sociales viables a la esclavitud, el discurso disciplinario de Saco, encarnado en su *Memoria sobre la vagancia*, era una enfática reflexión sobre las condiciones necesarias para el establecimiento de una sociedad civil segura. En este sentido, la aproximación de Saco enfrenta al menos dos contradicciones históricas. Dado que la modernización propuesta por la élite azucarera se sustentaba en la esclavitud, para la mayoría de sus contemporáneos era difícil aceptar la viabilidad del trabajo libre. Por otra parte, incluso entre los críticos más radicales de la economía esclavista, como Domingo del Monte o el mismo Saco, la heterogeneidad racial de la población y el así llamado “desequilibrio racial” era profundamente perturbador. Así pues, en la *Memoria sobre la vagancia* el cuerpo es tanto una fuente fundamental de valor social como el lugar de un amenazador exceso de energía que tiene que ser gobernado por una compleja combinación de tecnologías disciplinarias.<sup>40</sup> La condición ciudadana sería el efecto de un difícil proceso de purificación, “y en breve quedará nuestro suelo purgado de la plaga que hoy le infesta”.<sup>41</sup>

Según Saco, la vagancia era la enfermedad cubana. En su *Memoria*, la vagancia puede ser leída etimológicamente como un confuso flujo de cuerpos mal distribuidos. No por casualidad, la *Memoria* comienza con una elaborada tabulación de los espacios del ocio: salones de juego, billares, galleras, cafés, bailes e incluso la Iglesia, cuyas festividades —sospechaba Saco— eran frecuentemente pervertidas por las apropiaciones populares. En estos lugares, los preocupantes excesos de una energía física indisciplinada encienden en los individuos “una pasión que ya no pueden reprimir” (271). Disciplina y trabajo presuponen un riguroso reordenamiento del espacio, colocando al cuerpo vagabundo y excesivo en el camino correcto de productividad y en los lugares adecuados: casas para los pobres, buques de marina mercante para los huérfanos, cárceles perfeccionadas, granjas administradas por el gobierno y caminos en el campo para integrar a la población “rústica” a la red disci-

plinaria. En casos extremos de vagancia, a los miembros improductivos del cuerpo social “se les dará un corto plazo, para que salgan de la Isla, pues no teniendo ya la patria que esperar de ellos ningún bien, y sí mucho mal, debe arrojarlos de su seno como miembros corrompidos” (305). El cuerpo social es construido por estrategias de eliminación y de contención en una estricta racionalización de los espacios que con frecuencia se desliza a una fantasía ilustrada de la sociedad como una intrincada estructura de confinamiento. El Gobierno se transforma en la administración de la movilidad corporal en el ordenamiento laboral, en los espacios productivos y de ocio administrado.

En la búsqueda de la “felicidad social” (294), el gobierno administra las condiciones que pudieran asegurar la transformación de la excesiva energía física en valor social. Recíprocamente, un ciudadano es un sujeto que, curado de los “impulsos de una pasión” (275), encuentra “placer” y “felicidad” en el trabajo (269). A cambio de su energía productiva, al ciudadano se le garantiza seguridad y salud —un intercambio físico y simbólico que coloca el “amor” en el centro de “la felicidad de Cuba” (298). Desde esta perspectiva, la felicidad social no puede ser conseguida exclusivamente mediante la implementación de medidas punitivas. Los ciudadanos son asimismo constituidos por prácticas de interpelación que apuntan al “corazón humano” (304). La cultura es la red de identificación donde circulan los sujetos disciplinados y amantes del trabajo, movidos por las obligaciones morales del “amor al trabajo físico e intelectual” (298).

En Saco la cultura no es reducible a un dominio de representaciones simbólicas en un sentido antropológico. Vinculado a la ilustración, el concepto de cultura rebalsa la más restringida referencia a la experiencia estética que la palabra cultura comienza a implicar a la vuelta del siglo, en Martí o Rodó, por ejemplo.<sup>42</sup> Cultura o “ilustración” en Saco se refiere al proceso civilizatorio desplegado por una enseñanza orientada “a sacar de la barbarie a la masa de la población” (290). La cultura es necesaria para mantener “la pureza de las costumbres y a la conservación del orden público” (281), es “un refugio contra los vicios” (277) que satisface necesidades morales. Tal vez incluso más que un dominio de objetos o fenómenos humanos, “ilustración” y cultura en la *Memoria sobre la vagancia* deben de ser entendidas como un conjunto de prácticas pedagógicas y técnicas materiales que operan sobre la energía excesiva de los cuerpos, produciendo el “placer más puro [...] y rectificando su

corazón" (277). La aspiración de purga y purificación implícita en esas metáforas sobre la cultura eran idénticas a aquellas otras de la higiene: la formación de cuerpos civilizados, disciplinados, lecciones saludables para el ordenado latido del corazón patriótico.

Este trabajo se publicó originalmente bajo el título "A Citizen Body: Cholera in Havana (1833)", *Dispositio/n* 19.46 (1994), pp. 179-195, un número especial dedicado al grupo de *Subaltern Studies in the Americas* coordinado por José Rabasa. Llevé a cabo la investigación inicial de archivo en Cuba en diciembre de 1991, luego entre junio y julio de 1992, gracias al financiamiento del Comité de Investigación de la Universidad de California. Una beca del Social Science Research Council me permitió luego pasar unos meses en La Habana entre agosto y octubre de 1993 para continuar la investigación sobre los discursos de pureza y contaminación a mediados del siglo XIX en Cuba y producir un documental sobre la peregrinación de San Lázaro aquel duro diciembre de 1993, comienzo del llamado periodo especial. Las investigaciones en el Archivo Nacional de Cuba, la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí y el Museo Carlos J. Finlay no hubieran sido posibles sin la generosa y acertada orientación brindada por varios investigadores y bibliotecarios. Mi profundo agradecimiento a Carlos Venegas Fornias, Ana Cairo, Zoila Lapique y Araceli García Carranza. También agradezco los comentarios y sugerencias editoriales de Mike Panasitti, Natasha Schull, Francisco Santamarina, Jody Blanco, Camillo Penna, Luz Mena y Mario Guzmán. Recientemente revisé algunas imprecisiones o errores gracias a las observaciones y estudios posteriores del historiador Adrián López Denis, quien comenta este trabajo en varios de los suyos. Partes de este texto fueron traducidas del inglés por Víctor Fowler y revisadas por Arnaldo Valero y el autor. Las revisiones de contenido han sido mínimas.

20. Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (London: Verso, 1983). Para una lúcida elaboración y crítica de la noción de la "comunidad" en Anderson, ver Mary L. Pratt, "Linguistic Utopias", Nigel Fabb et al, eds., *The Linguistics of Writing Arguments Between Language and Literature* (New York: Melhuen Inc., 1987).

21. Por otro lado, ¿cómo marca el cuerpo del esclavo la supuesta incorporeidad de la escritura? Si bien es cierto que Manzano llega a la escritura mediante un estratégico proceso mimético, apropiando la letra del amo, su mimetismo somete la "esencia" del amo —el espíritu de su ley y su escritura— a una duplicación que sitúa la escritura en el lugar del objeto representado (el cuerpo) y la vacía, en consecuencia, de su reclamo universalista o esencial. Para Manzano la letra cesa de ser espíritu, se convierte en materia sometible al uso, a la práctica, a la temporalidad. Esta lectura de Manzano se desarrolla en el capítulo "La ley es otra".

22. Doris Sommer, *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America* (Berkeley: University of California Press, 1991).

23. Bajtín, "La palabra en la novela", p. 81.

24. Antonio Zambrana, *El negro Francisco* (La Habana: Imprenta P. Fernández, 1948 [1873]), p. 21.

25. Juan G. Gelpí, "El discurso jerárquico en *Cecilia Valdés*", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 34 (1991), pp. 47-61.

26. Sobre el rol fundamental de las categorías de los límites y de las metáforas de la pureza y la contaminación en la constitución de la identidad cultural, ver Mary Douglas, *Purity and Danger* (New York: Praeger, 1966). Sobre el poder simbólico de la higiene, ver también Georges Vigarello, *Le propre et le sale. L'hygiène du corps depuis le Moyen Âge* (Paris: Éditions du Seuil, 1985).

27. Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés. Novela de costumbres cubanas* (México: Editorial Porrúa, 1979), pp. 221-222.

28. *Ibidem*, p. 219.

#### **UN CUERPO CIUDADANO. SOBRE LA EPIDEMIA DEL COLERA EN LA HABANA (1833)**

1. Sobre la lepra y la exclusión social, ver Mary Douglas, "Witchcraft and Leprosy: Two Strategies for Rejection", *Man. New Series* 26.4 (1991), pp. 723-736; y Michel Foucault, *Historia de la locura*, trad. Juan José Utrilla (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1967), pp. 10-14.

2. Sobre la demografía del cólera, ver Ramón de la Sagra, *Tablas necrológicas del cólera morbus en la Ciudad de La Habana y sus arrabales* (La Habana: Imprenta del Gobierno, Capitanía General y Real Sociedad Patriótica, 1833); Levi Marrero, *Economía y sociedad: Azúcar, ilustración y conciencia (1763-1868)*, vol. 9 (Madrid: Playor, 1983), pp.

172-174; y María Pérez Murillo, *Aspectos demográficos y sociales de la Isla de Cuba en la primera mitad del siglo XIX* (Cádiz: Universidad de Cádiz, 1988).

3. Sobre el papel del control de enfermedades en la reorganización del espacio social de la Francia moderna, ver el análisis fundamental de François Delaporte sobre las respuestas institucionales y populares al cólera en *Disease and Civilization: The Cholera in Paris*, trad. Arthur Goldhammer (Cambridge: MIT Press, 1986 [1932]); Paul Rabinow, *French Modern: Norms and Forms of the Social Environment* (Cambridge: MIT Press, 1989), pp. 30-39; y Michel Foucault, "The Politics of Health in the Eighteenth Century", Paul Rabinow, ed., *The Foucault Reader* (New York: Pantheon, 1984), pp. 273-289. Ver también Reynaldo C. Iletto, "Outlines of a Non-Linear Employment of Philippine History", Lim Teck Ghee, ed., *Reflections of Development in Southeast Asia* (Kuala Lumpur: Institute of Southeast Asian Studies, 1988), pp. 130-159. El estudio de Iletto sobre la epidemia de cólera de 1820 en Filipinas presenta un análisis perspicaz de la medicalización y la resistencia del sujeto colonial bajo el dominio español que es particularmente relevante para nuestro estudio de La Habana colonial. Los estudios de David Arnold sobre el discurso médico en la India colonial también apuntan a una intersección fructífera entre la historiografía subalterna y el análisis de las articulaciones poder/saber; ver su "Touching the Body: Perspectives on the Indian Plague, 1896-1900", Ranajit Guha, ed., *Subaltern Studies*, vol. V (Delhi: Oxford University Press, 1987), pp. 55-90.

4. Además, ante las interrogantes planteadas por los editores invitados del número especial de *Dispositio/n* en el cual se publicó inicialmente este capítulo, cabe preguntarse de qué manera el análisis de la reconfiguración del poder del espacio social en la Cuba decimonónica se relaciona con las cuestiones teóricas planteadas por los "estudios subalternos" y el Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos. Si "subalterno", tal como Antonio Gramsci y Ranajit Guha entienden el concepto, es una posición en un orden de dominación, así como un lugar de agencia y resistencia a la hegemonía, el análisis de cómo los diferentes modos de dominación y las articulaciones de poder/saber construyen posiciones subalternas puede ser crucial para la discusión de los "estudios subalternos".

5. *El Noticioso y Lucero de la Habana*, 13 de abril de 1833, p. 4.

6. Anónimo, *El Noticioso y Lucero de La Habana*, 29 de mayo de 1833, p. 3.

7. Ver Carlos M. Trelles, *Bibliografía cubana del siglo XIX*, t. 2 (1826-1840) (Matanzas: Imprenta Quiros y Estrada, 1912).

8. José Antonio Saco, *El cólera morbo-asiático* (La Habana: Imprenta del Gobierno, 1833).

9. José Antonio Saco, *Memoria sobre la vagancia en la Isla de Cuba* (La Habana: Cuadernos de Cultura, 1946).

10. Ramón de la Sagra, *Tablas necrológicas del cólera morbus en la ciudad de La Habana y sus arrebales*. (La Habana: Imprenta de Gobierno, 1833).
11. La novela de Palma está incluida en Imeldo Álvarez García, ed., *Noveletas cubanas* (La Habana: Editorial de Arte y Literatura, 1974), pp. 49-100. De José Z. González del Valle, *Amar y morir* (La Habana: Imprenta El Pilar, 1894) y *Carmen y Adela* (La Habana: Imprenta El Pilar, 1895).
12. Saco, *El cólera morbo-asiático*, p. 59.
13. *Ibidem*, p. 22.
14. Domingo F. Sarmiento, "Los temblores de Chile", *Obras*, vol. 2 (Buenos Aires: 1900), p. 347.
15. Saco, *El cólera morbo-asiático*, p. 45. Arriba se indica el número de página.
16. José Antonio Saco, *Memoria sobre caminos en la Isla de Cuba* (New York: G.F. Bunce, 1830).
17. Para una discusión sobre el "síntoma" lacaniano, ver Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, trad. Isabel Verticat Núñez (London: Verso, 1989). La cuestión del "ruido" en los canales de la transmisión y comunicación fue una preocupación inicial de Michel Serres en *Le Parasite* (Paris: Pluriel, 1980).
18. Haciéndose eco de un prejuicio generalizado entre la élite dominante, Ramón de la Sagra argumentó en su estudio sobre la demografía del cólera que la epidemia probablemente se había originado en África y había sido traída a Cuba por los esclavos. Ver de la Sagra.
19. Libro de Actas de la Junta Superior de Sanidad, 1 de febrero de 1832, pp. 17-18, Archivo Nacional de Cuba, Fondo Gobierno Superior Civil.
20. Ver por ejemplo Dr. Ángel Cowley, *Medidas de policía sanitaria urbana para en caso de una epidemia* (La Habana: Imprenta del Gobierno, 1848). En su *Diccionario crítico etimológico* (Madrid: Gredos, 1954), Corominas establece que durante los siglos XVI y XVII el significado de *policía* era "civilización, buena crianza y aseo". En el siglo XIX, *policía* pasó a significar "organización política" y "policial", sin perder su anterior asociación con "buenas costumbres" (Vol. 3, p. 838).
21. Libro de Actas de la Junta Superior de Sanidad, 26 de febrero de 1833, pp. 42-43.
22. Juan Francisco Calcagno y Monti, *Tratado completo de Cólera morbo pestilencial* (La Habana: Imprenta del Gobierno, 1833), p. 56.
23. Mary Douglas, "Witchcraft and Leprosy", p. 14.
24. Ver por ejemplo el papel de la higiene en los proyectos de reforma penitenciaria iniciados por el Capitán General Mariano Ricafort en 1832 y continuados por Miguel Tacón entre 1834-1836. En su comunicado sobre la reforma penitenciaria de La Habana de 1832, poco antes de la epidemia, Ricafort relaciona explícitamente la necesidad de la reforma



penitenciaria anticipando ya el riesgo de la propagación del cólera. Su plan para distribuir el espacio carcelario según la raza, género, edad y gravedad del delito fue un intento de controlar la "confusión" y la "mezcla" de categorías y cuerpos. Resulta revelador el desliz subrepticio de sus instancias de "confusión" a su miedo a la contaminación y la corrupción "moral": "Allí uno encuentra al blanco educado [...] confundido con el negro asesino [...], la mujer blanca con la mujer de color en un miserable entresuelo. El aire húmedo y pútrido que exhalan esos oscuros calabozos conocidos como galeras [es] suficiente para producir el [ilegible] de cualquier enfermedad contagiosa. [...] Al ver tan peligroso depósito de corrupción moral y física, yo, lleno de compasión y horror, me he visto compelido a implementar aquellas medidas, exigidas con urgencia por la humanidad, separando a los presos en fortalezas...", Ricafort, "Comunicado del Gobernador y Capitán General Ricafort sobre el estado de la cárcel en 1832", *Primer expediente sobre la construcción de una nueva cárcel*, Archivo Nacional de Cuba, Fondo del Gobierno Superior Civil (La Habana, Cuba, 1832), pp. 5-6.

25. Carlos Venegas Fornias, *La urbanización de las murallas: Dependencia y modernidad* (La Habana: Letras Cubanas, 1900).

26. Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio: Complejo económico-social cubano del azúcar*, vol. 2 (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978).

27. Libro de Actas de la Junta Superior de Sanidad, 2 de abril de 1833.

28. Junta Superior de Sanidad de Cuba, Negociado de policía sanitaria terrestre, *Expediente sobre cólera morbo y viruela (1831 a 1862)* (La Habana: Archivo Nacional de Cuba, Fondo Gobierno Superior Civil, 10 mayo de 1834), p. 149.

29. *Expediente sobre cólera morbo*, p. 148.

30. Ver Guha, "The Prose of Counter-Insurgency", Ranajit Guha y Gayatri C. Spivak, eds., *Selected Subaltern Studies* (Oxford: Oxford University Press, 1988), pp. 45-86. En su estudio sobre la epidemia del cólera del 1820 en las Filipinas, R. C. Iletto estudia el vínculo entre el control de las epidemias y la eliminación de "bandidos", "Outlines of a Non-Linear Employment of Philippine History", Lim Teck Ghee, ed., *Reflections of Development in Southeast Asia* (Kuala Lumpur: Institute of Southeast Asian Studies, 1988), pp. 130-159.

31. La poesía jugó un papel significativo al dotar a la medicina de una legitimidad cuasi religiosa durante y después de la epidemia. Ver, por ejemplo, el poema dedicado "Al Sr. Dr. D. Ángel José Cowley" publicado en *El Diario de la Habana* el 15 de abril de 1833.

32. Foucault, "The Politics of Health in the Eighteenth Century", p. 283.

33. "Aun siendo tan precaria nuestra agricultura por falta de brazos para fomentarla, solo una necesidad irreparable por otros medios nos obligaría á valernos de una servidumbre tan gravosa como la de los

negros [...]". Para Romay tal agravante proviene de "los grandes capitales que en ellos se invierten, por la poca utilidad que produce su trabajo á causa de su natural rudeza y desidia, y por el temor que nos inspira el aumento de ellos sobre el número de blancos. (...) La parte Oriental de esta isla, que es la mas exhausta de gente blanca, es precisamente la que clama por ella con mas exigencia. Solo dista diez leguas de la isla de Santo Domingo, donde los negros y otras castas, después de haber asesinado á sus amos y á todos los blancos del modo mas bárbaro y atroz, convirtieron en ruinas y cenizas los pueblos y aquellas fértiles campiñas", en Romay, "Exposición a S. M. y a la que se contrae el anterior escrito sobre población blanca en esta Isla", *Obras escogidas*, IV (La Habana: Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., 1817), pp. 221-222. Romay fue uno de los primeros defensores de la inmigración blanca como solución a la población cubana y al "desequilibrio" racial.

34. Tomás Romay, "Resumen de las tareas de la Junta de Vacuna", *Obras escogidas*, IV (La Habana: Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., 1836), pp. 390-395.

35. Tomás Romay, "Memoria sobre la epidemia de fiebres exantemáticas que se experimenta en la Habana desde el año próximo pasado", *Obras escogidas*, IV, pp. 343-344.

36. En *Los negros brujos* escribe Fernando Ortiz: "todo esfuerzo intelectual en pro del conocimiento científico del hampa afrocubana no será sino una colaboración, consciente o no, a la higienización de sus antros, a la regeneración de sus parásitos, al progreso moral de nuestra sociedad" (subrayamos). *El hampa afro-cubana: Los negros brujos (Para un estudio de la etnología criminal)* (Madrid: América, 1905), p. 16.

37. Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés o la loma del ángel* (México: Porrúa, 1979), p. 275.

38. José Antonio Saco, *Obras*, vol. I, ensayo introductorio, compilación y notas de Eduardo Torres-Cuevas (La Habana: Imagen Contemporánea, 2001), p. 304.

39. *Ibidem*, p. 270.

40. Para una discusión sobre la relación entre la energía física y las teorías del valor en la Inglaterra de finales de siglo, ver Catherine Gallagher, "The Body versus the Social Body in the Works of Thomas Malthus and Henry Mayhew", *The Making of the Modern Body: Sexuality in the Nineteenth Century* (Berkeley: University of California Press, 1987), pp. 83-107.

41. Saco, *Obras*, p. 275. En adelante, el número de página se indica en el texto.

42. Sobre el significado cambiante de "cultura" a fines del siglo XIX, ver Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX* (México: FCE, 1989).